

El Espíritu Santo en nosotros

Diferentes autores

biblicom.org

Índice

1 - El Espíritu Santo en nosotros	3
2 - La morada del Espíritu Santo en el creyente	4
3 - Nuestro cuerpo, templo del Espíritu Santo	5
4 - La presencia del Espíritu Santo en el creyente	6

1 - El Espíritu Santo en nosotros

«El agua que yo le daré será en él una fuente de agua que brota para vida eterna» (Juan 4:14).

«Yo rogaré al Padre, y él os dará otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre; es decir, el Espíritu de verdad» (Juan 14:16-17).

Hay que destacar que la morada del Espíritu Santo es permanente, eterna. Es eterna porque se basa en una obra acabada, la de la redención, y en el hecho de que Cristo ha ocupado su lugar en el cielo. Por lo tanto, somos parte de una «nueva creación» (2 Cor. 5:17); tenemos vida eterna, y ya no tenemos ninguna condición que cumplir para que el Espíritu Santo more en nosotros.

¿Pensamos en la terrible deshonra que se arroja sobre el Espíritu de Dios y sobre Cristo, cuando negamos que esta morada es para siempre? Si fuera posible que el Espíritu nos dejara después de haber establecido su morada en nosotros, negaría el valor eterno de la obra de Cristo. Su obra, entonces, no serviría para nada más. Decir que el Espíritu habría dejado a un creyente, sería como decir que Cristo debe dejar su trono en la gloria.

El Señor usa el agua como la figura del Espíritu Santo, fuente de vida y de energía refrescante. No importa hacia dónde se dirija el hombre para obtener esto; ya sea hacia los placeres, la reputación, el poder, las riquezas o cualquier otra cosa, no tendrá éxito. Pero los creyentes pueden perder la frescura que marca la primavera de la vida divina. Los de Éfeso habían abandonado su «primer amor» (Apoc. 2:4). No se había producido ninguna caída visible, su celo era loable, se mantenía la verdad, la doctrina estaba claramente establecida y eran capaces de discernir el error. ¿Pero dónde estaba la frescura entonces?

Nos damos cuenta muy poco de lo que es esta morada del Espíritu Santo en nosotros. Si fuéramos realmente conscientes de lo que es, ¡qué humildad nos caracterizaría! ¡Qué horror al pecado tendríamos, qué prontitud para detectar incluso la forma más sutil de maldad! ¡Y con qué santo respeto caminaríamos ante Dios!

S. Ridout

2 - La morada del Espíritu Santo en el creyente

«En quien vosotros también... habiendo creído en él, fuisteis sellados con el Espíritu Santo de la promesa» (Efesios 1:13).

Dios el Espíritu Santo mora en nosotros los creyentes. ¿Se ha convertido Su presencia en una realidad para nuestras almas? Las consecuencias que se derivan de tal verdad son inmensas. Examinemos algunas de ellas.

El Espíritu de adopción ha sido enviado a nuestros corazones; a través de él clamamos: ¡Abba, Padre! (Rom. 8:15). Él ha venido de la gloria que aún no ha sido revelada a nosotros, que somos coherederos de esa misma gloria con Cristo. Lleva el poder de la gloria a nuestros corazones como una realidad presente; el mundo nos aparece cada vez más árido a medida que avanzamos hacia la gloria.

El Espíritu Santo se asocia a nuestros sufrimientos. Si suspiramos dentro de nosotros mismos en simpatía con una creación que sufre, es la voz del Espíritu intercediendo con suspiros inexpresables para nosotros según Dios (v. 22-27). El Espíritu nos hace conocer a Cristo donde está y nos hace comprender que estamos unidos a Él. Produce en nuestros corazones el deseo de estar en la gloria con Cristo, en la medida en la que su cruz ha hecho de nosotros extranjeros en una tierra que se ha convertido para nosotros en un desierto estéril y desolado. «Lo que ojo no vio, ni oído oyó, y no subió al corazón del hombre... Dios nos lo ha revelado por su Espíritu» (1 Cor. 2:9-10).

El Espíritu es el sello de Dios sobre nosotros. Él es, en nuestros corazones, las arras de todo lo que pronto se convertirá en nuestra verdadera posesión (Efe. 1:13-14). Nuestro cuerpo es «templo del Espíritu Santo» (1 Cor. 6:19). Es el poder de la vida que tenemos de Dios, produciendo en nosotros una «fuente de agua que brota para vida eterna» (Juan 4:14); al beber de esta agua no volvemos a tener sed. También es el poder de la alegría desbordante que se eleva al Padre, en los adoradores que el Padre busca. Y desde su plenitud «ríos de agua viva» (Juan 7:38) fluyen hacia el árido e incrédulo mundo que nos rodea.

¿Es cierto que el Espíritu Santo ha bajado y habita en nosotros? ¿Quién más podría habernos traído la buena noticia que viene de Aquel que entró en la gloria, la noticia que conquistó nuestros corazones para Él?

según J.A. Trench

3 - Nuestro cuerpo, templo del Espíritu Santo

«Juan, en verdad, bautizó con agua, pero vosotros seréis bautizados con el Espíritu Santo, dentro de pocos días» (Hechos 1:5).

«Siendo exaltado por la diestra de Dios y habiendo recibido del Padre la promesa del Espíritu Santo, él ha derramado esto que veis y oís» (Hechos 2:33).

El Señor fue levantado y glorificado en el cielo; luego el Espíritu Santo vino a la tierra. Todavía está allí. Esta es una verdad particularmente bendita y de importancia fundamental.

¿Ha pensado alguna vez lo maravilloso que hubiera sido estar en la tierra de Israel cuando el Señor estaba allí? El privilegio de verlo y escucharlo habría sido una gran bendición, pero ¿sabe usted que hoy tenemos algo aún mejor? Cuando el Hijo de Dios estaba en la tierra, la gloria de su divinidad estaba velada, escondida detrás de su humanidad; se necesitaba tanta fe para creer en él entonces como hoy. El Hijo estaba allí y ascendió al cielo. Hoy, el Espíritu Santo, otra Persona divina, está presente en la tierra; ha hecho su morada en los creyentes, como dijo el Señor (Juan 7:39). No habita en los que están en sus pecados, sino en los que han creído y han sido purificados de sus pecados por la preciosa sangre de Cristo. Él habita en nosotros, los creyentes, como resultado de la obra perfecta de Cristo y de su actual gloria celestial.

¿Cómo podemos expresar la seriedad y la bendición de tener un huésped así viviendo en nosotros? Pablo escribió a los corintios: «¿No sabéis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo que está en vosotros, el cual tenéis de Dios, y que no sois vuestros?» (1 Cor. 6:19). Estamos en una época caracterizada por la presencia del Espíritu Santo en los creyentes, y es a través de él que podemos levantar los ojos y ver a nuestro Señor «coronado de gloria y honra» (Hebr. 2:9).

S. Labelle

*Hacia ti, Jesús, hacia mi patria,
Voy guiado por el Espíritu Santo;
Sin miedo, en él me confío*

Día tras día, hasta el final.

A. Ladrierre

(Traducción del cántico 204,1 en francés)

4 - La presencia del Espíritu Santo en el creyente

«En el último día, el gran día de la fiesta, Jesús se puso en pie y clamó, diciendo: Si alguno tiene sed, venga a mí y beba. El que cree en mí, como dice la Escritura, de adentro de él fluirán ríos de agua viva. Pero esto lo dijo respecto del Espíritu, que los que creían en él recibirían; pues el Espíritu Santo no había sido dado todavía por cuanto Jesús no había sido aún glorificado» (Juan 7:37-39).

Estos versículos nos hablan del último día de la fiesta de los tabernáculos (véase [Lev. 23:33-36](#)); este día es un maravilloso recordatorio de la gran bendición terrenal que vendrá al pueblo de Israel restaurado durante el reinado milenar (ver [Joel 2:18-32](#); [Hec. 2:14-21](#)). Muchas personas se preparaban para volver a casa decepcionadas: no habían recibido la bendición que buscaban. ¡Qué respuesta tan maravillosa está dando el Señor a estas personas desanimadas! «Si alguno tiene sed, venga a mí y beba». Incluso hoy en día, hay miles de personas que están sedientas de algo que no pueden definir.

Pero encontramos aquí, en el paréntesis del versículo 39, la explicación de las palabras del Señor: él estaba hablando del Espíritu de Dios que, en ese momento, aún no había venido al mundo –que tuvo lugar después de la muerte y resurrección del Señor Jesús, cuando fue recibido de nuevo en la gloria. El capítulo 2 del libro de los Hechos informa de esta impresionante venida del Espíritu Santo para morar en todos los que creen en el Señor Jesús. Desde ese momento, su sed fue satisfecha y el Espíritu de Dios pudo también derramarse hacia otros en maravillosas bendiciones.

Esto sucedió hace alrededor de 2000 años, pero tal don de Dios tiene una realidad permanente. De hecho, todo hombre que recibe al Señor Jesús como su Salvador es también bendecido y sellado por la presencia del Espíritu de Dios en él ([Efe. 1:13](#)); de ahora en adelante no volverá a tener sed. Entonces, en la medida en que este creyente se somete a la operación del Espíritu Santo en él, será un instrumento que

el Espíritu utilizará para llegar a los demás.

según L.M. Grant